

General en Jefe Ignacio Zaragoza, los ciudadanos Generales, Jefes, Oficiales y soldados del Ejército de Oriente, que sostuvieron el honor y la independencia de la República en las jornadas del 28 de Abril en Acultzingo y el 5 del corriente en las inmediaciones de la ciudad de Puebla; en consecuencia, —añade el decreto— da a tan esforzados y heroicos ciudadanos un voto de gracia”.

Para el 11 del mismo mes, el Presidente Benito Juárez, por conducto de su Ministro de Guerra y Marina, reitera nuevamente sus felicitaciones al Ejército de Oriente, “por haber” —concretaba Juárez— “sido el primero en vindicar para con la Europa el buen nombre de la Nación”.

Aunque cronológicamente fueron primero los Partes que se enviaron a Zaragoza, éste, lógicamente, al dirigirlos el 9 de mayo al ministerio citado, los encabezó con el suyo, que redondeaba y pulía su visión de la “jornada gloriosa del 5 de mayo”.

El documento del 9 de mayo tiene significativo valor: Posee doblemente el carácter de juzgar a los protagonistas de un hecho histórico, entre los que destaca claramente por su audacia y valor Zaragoza, y el hecho mismo como historia, en el cual se desalienta la moral del imperio militar francés que es derrotado.

El parte detallado de Zaragoza, que acompañó de croquis y pormenores y detalles expresados por sus jefes, es escueto y ausente de adornos y sensacionalismos triunfantes. Da crédito a sus fuerzas y explica el triunfo como la acción del conjunto. Su informe es a la vez seco y luminoso, como si de repente se hubiera mimetizado de los atributos del paisaje poblano donde se libró la batalla.

En Puebla, con 4,800 hombres aproximadamente, incluida la columna de caballería, Zaragoza derrotó a Lorencez y a sus subalternos Mallat y L'Hérillier.

Estos, que a partir de las 9:30 de la mañana, trataron de apoderarse de los cerros de Loreto y Guadalupe, lanzaron todas sus fuerzas y en las tres cargas que efectuaron fueron rechazados. A las 7 de la noche, los franceses emprendieron la retirada a su campamento de la hacienda de los Alamos. El 8 de mayo, el vigía de la Torre Catedral de Puebla, Alejo Díaz, informará de la retirada del ejército francés que sobre el Camino de Amozoc, se dirige a Veracruz, donde sin temor de ser atacado nuevamente por los mexicanos, esperará los refuerzos que en su auxilio les mande Napoleón III.

Será hasta el 22 de mayo, que Loren-

cez, en un extenso escrito, comunique desde Orizaba al Ministro de Guerra francés los sucesos del día 5. No hablará de derrota, y sí de la suspensión del ataque. Sin embargo, al conocerse en Europa la derrota de los franceses, en París, el patriotismo exige la redención del honor nacional perdido tan lejos, y es entonces cuando el gran Víctor Hugo nos envía su proclama de apoyo.... “no os hace la guerra Francia; es el imperio”, nos dice desde su refugio lejano.

Tras la batalla, los sucesos se precipitan. Tienen sus consecuencias internamente y fuera del país. Un triunfo de tal naturaleza infunde esperanzas, cierto; pero también se sabe, encarnizará la lucha en el rescate del honor, por el camino de la lucha redoblada y terrible.

En consecuencia, en Puebla, Zaragoza idea el plan de su fortificación. Este consiste en la construcción de un sistema de fuertes destacados y en la fortificación de cuatro zonas de manzanas. Los fuertes, no muy grandes pues no están distantes entre sí, son nueve: Guadalupe, Loreto, Demócrata, Iturbide, Morelos, Hidalgo, Ingenieros, Zaragoza e Independencia.

Sin embargo no puede Zaragoza ver culminado su proyecto. Atacado de fiebre tifoidea, fallece en la ciudad de Puebla a los 33 años, el 8 de septiembre de ese año.

Por su parte Napoleón III, que nunca creyó bien organizado el ataque de Lorencez, otorga el mando supremo de las fuerzas francesas al General Forey, al que no obstante su experiencia en Crimea y en la Campaña de Italia, cree conveniente repasarle unas lecciones militares, en las que le indica atacar a los mexicanos en descampado y por sorpresa, evitando a toda costa las fortalezas enemigas que se hacen inaccesibles.

Así, un año después, el 17 de mayo de 1863, —sitio de Puebla— el General Forey vence las armas nacionales, y la plaza se entrega incondicionalmente.

El General Jesús González Ortega, que a la muerte de Zaragoza concluye la fortificación de Puebla, y dirige el cruento enfrentamiento, se rinde al General francés. “No puedo” —le dice— “señor General, seguir defendiéndome por más tiempo; si pudiera, no dude V.E. que lo haría”.

Dos días después, Forey hace su entrada solemne a Puebla a la cabeza del ejército franco-traidor. En su catedral, con gran entusiasmo el clero lo recibe cantando un *Te Deum*. Destruído el ejército liberal, el enemigo se dirige a la capital de la República; el 29 de mayo se publica el decreto que anuncia que los Poderes de la Unión

se trasladan a San Luis Potosí, y el 31 a las tres de la tarde el Congreso clausura sus sesiones; el estruendo de los cañones anuncia a la ciudad que el Poder Legislativo de los Estados Unidos Mexicanos concluye sus trabajos.

En su retirada Juárez lleva consigo el Poder Republicano; se cede por la fuerza, y se esperan vientos mejores. Debiendo concluir la disputa según la práctica europea, pues se ha tomado la capital, empieza con esa entrada la verdadera guerra.

En ese momento, el 5 de Mayo, ha quedado como Zaragoza atrás, pero alumbrando el provenir de la Nación, le indica el tramo que falta recorrer; no ha sido en balde, ni es un hecho aislado perdido en el territorio nacional, demuestra de nuevo a los mexicanos de entonces, que es imperativo defender los principios torales de autodeterminación y no intervención.

En esos angustiosos momentos, Juárez y su generación acrecientan la magnitud de su radio de acción; saben bien de la potencia del ideal de eminencia que se han impuesto. ♦

NENA, ME LLAMO
WALTER

EL FERVOR POR EL ORDEN

Por Anamari Gomís

Nena, me llamo Walter es un libro de cuentos construido a base de los signos más definitivos de la cultura contemporánea: la soledad, el amor impuesto por lejanos, insatisfechos deseos, los desencuentros, el cine, sus historias y sus formas; la literatura, desde los ecos del romanticismo (“En la isla”) hasta la intromisión de un ente literario (“Buen café en la vía Appia”) en el espacio “real” de una ficción que no le pertenece. Por demás quedan inscritas ciertas neurosis de nuestros días. Algunos de los personajes las padecen acusadamente: el fervor por el orden, mientras un mundo caótico nos rodea y nos encierra; por la puntualidad y por los hábitos. Hay destellos de narración fantástica (“¿Estás ahí, Marcial?”), enmarcados en la descripción natural de una atmósfera mediocre, apostata. Hay historia tras historia de tropie-

Guillermo Sucre LA MASCARA, LA TRANSPARENCIA

Ensayos sobre Poesía
Hispanoamericana
Nueva edición

Guillermo Sucre estudia las obras de algunos poetas hispanoamericanos de capital importancia, apegándose solamente a sus diversos usos del lenguaje. De ahí los términos del título, tomados de Lezama Lima, que indican la posibilidad de que el poeta se haga invisible y deje que su obra hable por él.

La máscara, la transparencia representa un instrumento eficaz para el conocimiento de la poesía que hoy se escribe en nuestra lengua.

Otro título de reciente aparición:

Juan Gustavo Cobo Borda
ANTOLOGÍA
DE LA POESÍA
HISPANOAMERICANA



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

zos, como si fuese imposible ceñirse, incluso, a grandes mitos, igualmente invocados por Federico Patán: Telémaco y Ulises sólo se reunirán momentáneamente, como por error, para no volver a encontrarse jamás ("No, no creo que haya sucedido así"). La factura del *thriller* se enquista en la narración actual y, siendo el escritor del *cuentario* un profundo *connoisseur* del género, los trazos del *suspense* se adecúan con precisión a los textos que tal bailan, siempre con un dejo de ironía atroz, de cargada oculta e implacable muy a la Hitchcock. De hecho, en *Nena, me llamo Walter* no hay más salida que la perplejidad, aún a pesar de que la mayoría de las historias suceden dentro del dizque nítido universo de lo cotidiano. Aquello que debió concordar (dos posibles amantes que se descubren, unas vacaciones tediosas, pero apacibles, una historia apegada a los hábitos) se estremera ante lo inesperado y, de ser más justos, ante su contrario. Es decir, no existe otra expectativa que la de lo desemejante. El *lugar común*, por lo tanto se invalida.

En "Deber de amigos", un pasado ignoto, que en apariencia no mantiene ligas con el presente, irrumpe callada pero abrasadoramente. El hombre que en secreto ha envidiado a su amigo Antonio, su perruna felicidad casado con Violeta, se compromete a visitar en un pueblecito del interior del país a un viejo, intachable amor del Antonio que ahora se encuentra en su lecho de muerte. El tipo cumple su promesa. Conocer a Edna, solterona ya, aunque de buen ver y todavía con las mientes puestas fielmente en un Antonio fantasmagórico, lo conmueve. Tanto es así, que los ayeres del finado Antonio despiertan de nuevo la oculta rivalidad del protagonista: "Envié de Antonio, en ocasiones, su vida de casado; envidiaba ahora la fidelidad oculta en el tono calmo de mi acompañante, acaso menos vieja de lo que en un principio creyera". Los personajes se han reunido en un parque y se sugiere la posibilidad de un encuentro amoroso entre ambos. Pero el *locus amoenus* natural para la ocasión no procede. La vida es rotunda con respecto a las coincidencias y aquí, si las hay, se cancelan: "Allí estábamos, una mujer cansada y un hombre herido a futuro, incapaces de encontrar una despedida adecuada. Ella miró a lo largo de la calle:

—Pudimos habernos conocido antes.
—Eso quise decir allá, en el parque."

"No, no creo que haya sucedido así" nos acerca a un hombre que mira el mar

desde el malecón. Se oyen los ruidos de los barcos: "Las voces son otra lectura, otro oficio, engañoso demasiadas veces". En la habitación de un hotel le aguarda un libro, algunas de cuyas frases extraídas al azar hacen pensar en el terrible poeta metafísico inglés John Donne: "Somobody is dancing on our graves". La contemplación de los buques sirve de pretexto para el encuentro con un hombre mayor, con el que el personaje-lector entabla una conversación casi futil. Sin embargo, la lentitud con la que debe haber anochecido, la quietud de los dos personajes sentados en una banca, fomentan un intenso viaje interior de posibilidades. El hombre joven es Telémaco a la búsqueda de Ulises, aunque el viejo no sea ni marido ni aventurero. Ver barcos, para él, resulta tan sólo un "vicio inofensivo", tras el que se produce la relación fugaz con un Telémaco incierto, con un Stephen Dedalus destinado al instante perentorio y al fin fracasado. La vida, pues, "está hecha de separaciones" y el aprensivo "hijo" despidió al acaso enfermo "padre" en una triste estación de autobuses.

"Rebeca" trata de una mujer misteriosa que se conoce en una fiesta de amigos. Es un ser imposible de atrapar, como un pez, y el cuento transita de un delineamiento tenue de lo fantástico (el edificio en el que habita Rebeca se transforma en una pecera) a lo metafórico (todos somos inaprehensibles, no existe certeza con respecto al "otro").

"Nena, me llamo Walter" resulta una narración espléndida. Un neurótico de la exactitud y la precisión, cinéfilo de las producciones de los años treinta y cuarenta, fantasea con la esposa de su obeso jefe, una mujer muy bella, según dicen, a la cual no conoce. La fantasía mezcla la imagen de dos mujeres: Leonarda, la cónyuge de Cándido, y la figura ideal de la desconocida. Los supuestos encuentros amorosos siempre son interrumpidos por un marido gordo y despreocupado, y se viven en escenarios correspondientes a las tres clases sociales. Primero será un elegante departamento, luego un supermercado y finalmente entre los tinacos de un edificio popular. La mujer del discurso ilusionista pasa de ser una dama elegante a una esposa clasemediera y luego a la humilde pareja de un borrachín. El cuento termina cuando, agobiado por la soledad, el protagonista desarregla sus discos, después imagina que Marlene Dietrich ha dormido con él, hasta que, por último, a la caza verdadera de una prostituta de lujo, sale de su casa y es muerto por un hombre gordo. "Podría haber agregado que a veces sueño y otras me pregunto si he soñado. No



siempre es fácil separar ámbitos", dice en algún momento el personaje. La condensación de elementos es lo que da la medida de la complejidad y riqueza del texto.

En "Buen café en la Vía Appia" nos topamos de nuevo frente a un obsesivo de los hábitos. "La existencia es un misterio totalmente mantenido a raya por el hábito", pero, como el personaje apunta: "...lo insólito acostumbra presentarse cuando más presume lo cotidiano". Tal es así, que un ente unamuniano irrumpe en la tarde plácida en la que, como todos los días, el protagonista toma un capuchino en el café "Vía Appia". Se trata de un carácter expulsado de una novela, el cual, a la Pirandello, busca reacomodo en otro texto. El personaje de Federico Patán se declara incapaz de lograrlo (él solo es buen lector). El juego de ficciones acaso no termine, tocado el lector, el lector del libro *Nena, me llamo Walter*, por la neurosis del lector de Machado, por su infinita mediocridad, por el acoso de un mundo habitual que oculta el tamaño de nuestra angustia.

"El paseo" evoca la mirada irónica de Hitchcock. Sin deberla ni temerla, un joven será asesinado por su anfitrión, quien piensa que el invitado, por un comentario hecho al azar, presencié un crimen cometido por su invitante. El cuento, por cierto, resulta a todas luces cinematográfico.

"En la isla" podría ser un vestigio del romanticismo, pero no lo es, a pesar de suceder la anécdota en un castillo, presumiblemente el castillo de un noble draculesco. El hecho de enfrentar dos clases sociales: la

de la nobleza y la burguesa nos remite, así, a un medioevo tardío, tan socorrido por los románticos, pero, más que nada, se registra un escenario extraño, perturbador, que corresponde íntegramente a la narración y, otra vez, a la ensoñación: el burgués es, quizás, un joven fantástico que muere en el lago de un parque.

En "¿Estás ahí, Marcial?" no pude dejar de imaginarme al protagonista, un solterón enamorado de una estatua, enfundado en la traza y la figura de Arturo de Córdoba. Dentro de la corriente de la literatura fantástica, Patán incide, como hace con el resto de sus cuentos, en la severa soledad de los solterones, cuya neurosis, como un texto que se cuece o se escribe aparte, inaugura un mar de posibilidades narrativas.

Nena, me llamo Walter viene a ser una reunión de relatos de primer orden, pleno, como dije en un principio, de datos de la cultura erudita de hoy, es decir, se trata del libro de un acucioso lector que ahora se convierte en un escritor por demás interesante. ♦

Federico Patán, *Nena, me llamo Walter*, Fondo de Cultura Económica, México, 1985. 101 pp. (Letras Mexicanas).



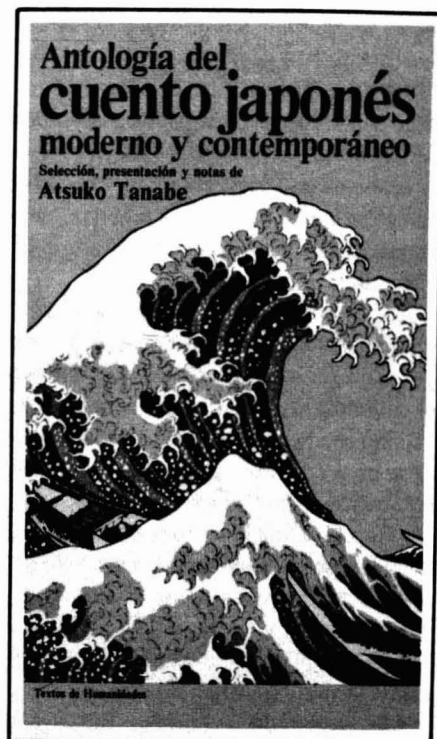
TRADICIÓN Y MODERNIDAD

Por Patricia García Vázquez

Hiroshima, Nagasaki, geishas, samurais, nombres de firmas comerciales que suenan como susurro... quizás éstos son los referentes más inmediatos que tenemos acerca de Japón; sin embargo, poco conocemos sobre su cultura milenaria y simbólica, sobre su literatura.

Narrativa de imágenes que emerge de un lenguaje ideográfico, el japonés, en donde el paisaje describe el interior de los personajes. Sujetos místicos que definen su idiosincracia: silenciosos, receptivos, seres que *implotan* ante los hechos, introduciéndose en ellos hasta desmenuzarnos.

Autores, diversidad de historias y cuentos que forman y nutren a la literatura universal eran, hasta hace poco, desconoci-



dos por nosotros. Con la publicación de la *Antología del cuento japonés moderno y contemporáneo*, la UNAM nos aproxima a una muestra representativa de la narrativa japonesa.

La presentación, selección y notas, así como la traducción de la mayoría de los cuentos, estuvo a cargo de la maestra Atsuko Tanabe, quien realizó un arduo esfuerzo para simplificarnos el camino hacia ese universo narrativo de símbolos engarzados en una cultura que nos es ajena. Un total de 14 textos reflejan los distintos cambios sociales que ha vivido Japón desde mediados del siglo XIX hasta nuestros días y, al mismo tiempo, definen cada etapa literaria.

1868 marca la entrada al mundo moderno; se inicia el periodo monárquico Meizyí y con él, la occidentalización. El naturalismo francés, el romanticismo alemán y la corriente psicologista influyen en la gestación de esta nueva narrativa.

En "La barca Takase" se aprecia el alba de la literatura moderna japonesa. Entramos en la noche convertida en bruma; viajamos en esa barca feudal que, al deslizarse, nos habla de las contradicciones entre la ley de los hombres y las leyes naturales; entre el deber ser y el ser místico, con el deber que le marca su propia concepción del mundo.

Paralelamente, aparecen los escritos de Lafcadio Hearn, griego que descubrió las maravillas de Japón y decidió adoptar su cultura y forma de vida, como lo manifiesta en "La mujer de nieve"; historia que evoca la vieja aldea, en donde la belleza y la